

Documento CPRD-C/55

EL COLONIALISMO POR DENTRO Y POR FUERA ★/

André Gorz

★/ El presente documento que se reproduce para uso exclusivo de los participantes de cursos del Programa de Capacitación, se ha tomado de La Sociedad Industrial Contemporánea de E. Fromm, J.L. Horowitz, H. Marcuse, A. Garz, V. Flores, Siglo XXI, México 1978.

81-4-805



EL COLONIALISMO POR DENTRO Y POR FUERA

ANDRÉ GORZ

El colonialismo no es una práctica *externa* del capitalismo de monopolio. Es, antes que nada, una práctica *interna*. Sus víctimas no son en primer lugar las naciones explotadas, oprimidas, desmembradas sino las poblaciones que viven en las metrópolis, en los países dominantes.

Ésta es la tesis que quisiera ilustrar ahora y que puede sorprender o chocar. Va en contra de las simplificaciones demasiado cómodas y difundidas. En efecto, es corriente hoy dividir burdamente el mundo en dos campos: el de las naciones imperialistas y altamente desarrolladas, por una parte, y el de las naciones dominadas y explotadas, por la otra. Generalmente, se considera en la actualidad que el problema de las décadas próximas es el de la emancipación de naciones que representan el 54 por ciento de la población mundial y que se reparten sólo el 16 por ciento de las riquezas producidas en el mundo. Generalmente se oponen naciones ricas y "pueblos proletarios", como si unos y otros fueran bloques sin fisuras. Esta concepción de un antagonismo *global* puede ser útil y natural para pueblos que luchan, con las armas en la mano, contra las tropas expedicionarias de una potencia imperialista. Pero es una concepción que, a la larga, corre el peligro de volverse contra sus propios propagadores.

La división del mundo en *naciones imperialistas* y *naciones oprimidas* corre el peligro, en principio, de acreditar la creencia en una posible *unidad* nacional de los pueblos en lucha contra el imperialismo. Esta creencia en "Estados de democracia nacional" estuvo en boga en la URSS durante la última fase de la guerra de Argelia. Después cayó en desuso. Porque si *ciertas* guerras de liberación —en África del Norte, en el sur de Asia, en el Caribe— han sido en ciertos momentos guerras nacionales, en las que las

burguesías han participado en posición codirigente, muy pronto se hizo evidente que, una vez conquistada la independencia nacional en el plano jurídico y formal, las naciones recién liberadas se dividían interiormente en torno a la cuestión del *contenido* que convenía dar a su independencia. Y las burguesías nacionales, aun cuando habían desempeñado un papel de primer plano en la lucha de liberación, acababan por pactar con el enemigo exterior de ayer contra el enemigo de clase del interior, y por volver a enajenar, en su interés de clase, una parte sustancial de la independencia nacional. En África, muy particularmente, todas las naciones recién emancipadas volvieron a caer en la dependencia política y económica del imperialismo, salvo aquellas —especialmente Egipto— en las que la liberación nacional culminó en la construcción de un Estado de orientación socialista.

La división del mundo en *naciones* imperialistas y oprimidas supone, además, el inconveniente de cortar en dos el movimiento revolucionario mundial. Es fácil responder que las clases obreras del mundo capitalista desarrollado no son revolucionarias en la actualidad y que la unidad con ellas es de escaso interés. Esta tesis puede tener una verdad y una eficacia *táctica* y circunstancial. Es insostenible, sin embargo, en una perspectiva estratégica a largo plazo. Equivale a enterrar definitivamente las oportunidades del socialismo en el mundo capitalista avanzado; tiende a proponer un universo en el cual los pueblos llamados ricos se encontrarían todos de un lado de la barricada, los otros pueblos del otro lado, y en el que el socialismo no podría extenderse al mundo desarrollado sino después de un conflicto planetario.

Por eso me parece importante subrayar que las fronteras entre desarrollo y subdesarrollo, entre potencias económicas dominantes y poblaciones dominadas, entre colonizadores y colonizados no existen sólo *entre las naciones*, sino también *en el interior* de cada nación del mundo capitalista. El problema de la unidad del movimiento revolucionario mundial no debe plantearse sólo en términos de solidaridad político-ideológica con los movimientos anti-imperialistas; hay que tratar de mostrar, también, una convergencia y una solidaridad concretas entre los intereses y

las luchas de los pueblos subdesarrollados y desarrollados. El mejor terreno para hacerlo es, creo, la crítica del modelo de desarrollo monopolista: este tipo de desarrollo permite percibir que el colonialismo no es sólo una práctica *externa* del capitalismo moderno, sino que es también una práctica *interna*, que actúa dentro del país imperialista mismo y que se prolonga sin solución de continuidad más allá de sus fronteras.

Este hecho comienza a ser percibido en los Estados Unidos por lo que se ha llamado la "nueva izquierda" norteamericana: esta "nueva izquierda" habla partido de la indignación moral contra la opresión racial y la miseria en los Estados Unidos; se vio obligada, de una manera natural, a ligar la lucha contra la miseria y contra la opresión en el interior, a la lucha no sólo contra las *manifestaciones* del imperialismo norteamericano, sino contra el *sistema* económico mismo que es el fundamento del imperialismo en el exterior y de la miseria en los Estados Unidos.

El hecho de que el capitalismo de monopolio sea incapaz de resolver en el interior los problemas de empleo (o de desempleo), de enseñanza, de desarrollo equilibrado del espacio económico nacional, de disparidades de ingreso, de desigualdad de las oportunidades, de conservación de las riquezas naturales, de servicios colectivos y de equipos sociales, etc., es primordial para toda crítica de las formas nuevas del imperialismo económico. Porque este hecho muestra no sólo que la lucha antiimperialista en el exterior dispone de aliados potenciales dentro del país imperialista, siempre que combata al imperialismo también en nombre de un modelo de desarrollo y de civilización diferente. Este hecho muestra, igualmente, que el neocolonialismo es incapaz de resolver en los países dependientes problemas que son precisamente del mismo tipo que los que están sin solución en los países dominantes. Empezaré, pues, por recordar algunos hechos acerca de los Estados Unidos y de otros países de capitalismo avanzado.

En 1965, después de cinco años de auge económico, hay en los Estados Unidos 38 millones de personas, o sea el 20 por ciento de la población, que disponen de un ingreso *familiar* inferior a 3 mil dólares al año, considerados como el mínimo vital norteamericano. A ese 20 por ciento de

la población conviene añadir otro 20 por ciento cuyo ingreso familiar anual, comprendido entre 2 800 y 4 812 dólares, es inferior a los 5 500 a 6 500 dólares que, según el *Bureau of Labor Statistics*, son necesarios para asegurar a una familia urbana de cuatro personas un nivel de vida "modesto pero decente".¹

Esta población pobre o miserable puede repartirse en tres grandes categorías:

1] Los habitantes urbanizados de las regiones no desarrolladas o que se encuentran en crisis estructural tras la desaparición o la decadencia de una industria local;

2] Los pequeños agricultores que representan más de la cuarta parte de los agricultores norteamericanos, pero cuya producción es poco importante desde el punto de vista económico;

3] El subproletariado de las grandes ciudades, compuesto por jóvenes y habitantes del campo recién emigrados a las ciudades, y que no encuentran empleo; miembros de las minorías raciales; viejos; 17.6 asalariados de los "servicios" (lavanderías, hoteles, restaurantes, hospitales) cuyo salario es inferior al salario mínimo vital.²

La pobreza de esta masa subproletarizada es estructural y no se debe a coyunturas cíclicas. Harrington cita los siguientes datos: los pobres constituyen el 20 por ciento de los norteamericanos; pero el 25 por ciento de los niños pertenecen a las familias más pobres y están destinados a su vez a la pobreza por su nivel de instrucción, cuya insuficiencia confina con el analfabetismo; la gran mayoría del 25 por ciento de reclutas que el ejército rechaza a causa de su nivel de instrucción insuficiente proceden de familias pobres.

En 1965, a pesar del auge económico, la conscripción de alrededor de 200 mil soldados suplementarios y los comandos de guerra ligados a la expedición contra Vietnam, el número de desempleados correspondía oficialmente al 5 por ciento de la población activa; en realidad, esta proporción se sitúa entre el 6 y el 10 por ciento, si se cuenta a las personas que han renunciado a encontrar un em-

¹ Véase *Monthly Review*, nº 2, 1964, p. 530, y nos. 7-8, 1962, pp. 73-75.

² Véase Michael Harrington, *Dissent*, otoño de 1965.

pleo y a los desempleados parciales. La población de edad de trabajar crece en 1.5 millones de personas al año. Entre 1957 y 1963, el empleo industrial ha disminuido en 300 mil personas; los 600 mil empleos creados durante este período en el sector privado correspondieron casi exclusivamente a los "servicios".

Los Estados Unidos presentan, pues, ciertos rasgos característicos de una economía dual, con contradicciones sociales y regionales que recuerdan las relaciones entre economía dominante y economía dominada. El desarrollo interno de los Estados Unidos ha sido dirigido, en conjunto, a partir de los polos urbanos del este del país, con sus concentraciones industriales y sus dinastías financieras. El poder de la burguesía de Nueva Inglaterra sobre el desarrollo de la economía permaneció durante mucho tiempo sin discusión. Fue necesario que se descubrieran los yacimientos de petróleo (Texas) o el prefinanciamiento público de las bases de la acumulación privada (creación de industrias de guerra en California) para que otros grandes polos industriales y financieros surgieran en el otro extremo del territorio.

La pluralidad de los polos de desarrollo, de los centros de decisión y de poder económico, no ha producido, sin embargo, una valoración equilibrada de los recursos humanos y naturales de la nación. Al contrario, la concentración geográfica del proceso de acumulación capitalista ha ido a la par, necesariamente, con el empobrecimiento relativo, incluso absoluto, de otras regiones. Éstas han sido utilizadas por los polos industriales y financieros como reservas de mano de obra y de materias primas y agrícolas. A la manera de las colonias de los grandes imperios europeos, las regiones "excéntricas" han aportado a las metrópolis su aborro, su fuerza de trabajo, sus hombres, sin tener derecho a la reinversión en sus territorios de los capitales acumulados gracias a su actividad. Fue así como ninguna actividad nueva vino a sustituir a la de los mineros, por ejemplo, cuando los yacimientos se agotaban o se volvían insuficientemente rentables. Fue así como territorios enteros pudieron convertirse en zonas de desempleo y de miseria, o regiones desposeídas de su sustancia hasta el punto límite: es decir, hasta el punto

en que, a falta de una proporción suficiente de habitantes jóvenes, a falta de centros industriales y culturales, estas regiones dejan de poder ser desarrolladas. Vuelven algunas veces al desierto o a la estepa.

Este proceso de concentración geográfica, de abandono de vastas regiones antes prósperas, de atascamiento de otras regiones, no puede explicarse sólo por la tradición colonial de los Estados Unidos. Porque actualmente encontramos el mismo fenómeno en América Latina y en Europa occidental. En Francia, aparte de la región parisina y del valle del Ródano, no hay una región capaz de emplear una proporción razonable de jóvenes que alcancen la edad de trabajar —o que abandonen la agricultura— en los próximos diez años. El proceso de desarrollo de Francia está casi íntegramente dirigido desde París. Las regiones de vieja industria han sido utilizadas durante un siglo como fuentes de materias minerales, de productos primarios o de bienes de producción, sin que la transformación o la valorización en los mismos territorios de esos productos haya sido siquiera considerada. El grueso de las plusvalías realizadas gracias a la actividad de las regiones ha sido reinvertido en otra parte, principalmente en la región parisina, que es de lejos el primer centro de consumo y de transformación del país. Todo ha ocurrido como si las "provincias" fueran colonias de la metrópoli parisina, destinadas con frecuencia a la monoproducción (textil del norte y de los Vosgos, calzado del Choletais, acero de Lorena, vinos del sur, y, más recientemente, gas y azufre de Aquitania, etc.) en función de especulaciones financieras de los bancos de París, y sin la menor preocupación por asegurar a las regiones contra los inevitables imprevistos cíclicos, mediante una diversificación de sus actividades respectivas, la transformación y la elaboración en el territorio de sus producciones primarias.

Debido a este tipo cuasi colonial de desarrollo, las crisis estructurales de las viejas industrias (textil, de calderería, de carbón, siderúrgica, de construcción naval, etc.) y de la agricultura tradicional se traducen en dramáticas crisis regionales. Y estas crisis no se resuelven con la reconversión de las actividades en función de los recursos y las necesidades locales. Esta reconversión no sería posible más

que en el caso de que las regiones y sus comunidades poseyeran un poder de iniciativa económica y política. Las posibilidades latentes, el óptimo económico y humano de una región no podrían definirse, las energías y los recursos no podrían mobilizarse más que en el caso de que la región dispusiera de una autonomía real, de asambleas electas y, sobre todo, si los centros de decisión económica estuvieran sujetos a un poder de orientación y de control democrático y popular, evidentemente incompatible con su gestión privada.

A falta de todo esto, las crisis regionales y de reconversión se "resuelven" por la reducción o la supresión de las actividades insuficientemente rentables, sin contrapartida alguna, conforme a los criterios de rentabilidad financiera a corto plazo de los grupos industriales y bancarios. Las poblaciones locales son invitadas a emigrar hacia las metrópolis y a engrosar allí a la masa de subproletarios procedentes de regiones más lejanas, especialmente de las antiguas colonias. El éxodo de las regiones hacia la metrópoli es aceptado por los "planificadores" franceses como un proceso normal. Según sus previsiones, la cuarta parte de la población francesa estará concentrada, de aquí a 1980, en la región parisina; la cuarta parte de la población activa de Francia se concentrará allí desde 1970. El oeste, el centro y una parte del sudoeste del país corren el riesgo de llegar entonces al punto definitivo que impida su desarrollo futuro.

Este punto definitivo ha sido alcanzado ya en ciertas regiones del centro de Francia, de Sicilia y del sur de Italia. Esta última y, desde hace algunos años, España, ofrecen un ejemplo particularmente claro de colonialismo interior. La emigración del sur hacia el norte, en Italia y en España, ha despoblado regiones agrícolas potencialmente ricas, ha agravado el déficit neto de productos alimenticios destinados al consumo interior, ha acentuado la dependencia económica de mercados de exportación de países más ricos, y ha orientado por tanto la producción industrial en lo que puede llamarse la "vía japonesa", es decir, la producción prioritaria, por un país insuficientemente desarrollado, de los "entretenimientos" y bienes de consumo "opulentos" que pueden ser exportados

más fácilmente a los países más ricos, e intercambiados por maquinarias, patentes y víveres.

La política de los polos de desarrollo industrial, adoptada por la mayoría de los países capitalistas, es sin duda ventajosa desde el punto de vista de los grandes grupos privados, pero no desde el punto de vista de la economía en su conjunto. El polo de crecimiento es en general una ciudad grande o mediana en la periferia de la cual el Estado establece, a expensas de la colectividad, zonas industriales en las cuales la industria privada será "incitada" después a instalarse mediante desgravaciones fiscales, subvenciones, donaciones de terrenos, edificios, caminos, etc. Las industrias que se instalan son casi siempre filiales de monopolios nacionales o extranjeros. Su actividad no tiende al desarrollo de la región, sino a la instalación de *industrias de exportación* con destino a regiones ya desarrolladas. Se trata de talleres de montaje, de industrias pesadas de primera transformación, de fábricas de subarrendamiento.

Estas industrias, implantadas según un cálculo de rentabilidad a plazo mediano, provocan migraciones hacia el "polo" a decenas de kilómetros a la redonda. La población rural que afluye no es contratada únicamente, ni siquiera principalmente, por la industria: se precipita en una proporción importante hacia las actividades parasitarias y terciarias, multiplicando las tabernas, los pequeños comercios miserables, los intermediarios que intercalan tres, cuatro, diez transacciones especulativas entre el productor y el consumidor de productos alimenticios o de consumo corriente. El "polo" industrial, en vez de elevar la sociedad regional hacia un nuevo equilibrio interno, en vez de diversificar y de enriquecer las actividades locales, las relaciones humanas, la cultura regional, provoca así una degradación, una destrucción de la cultura regional, una subproletarización o *clochardisation* de la población. Ésta conocerá las frivolidades y las perversiones de la civilización industrial sin sus ventajas, en materia de enseñanza, en particular. La proliferación de las actividades especulativas, en el terreno comercial, de bienes raíces e inmobiliarios especialmente; el costo en la infraestructura urbana de los servicios urbanos, de las pérdidas de pro-

ducción agrícola, representará finalmente un múltiplo de lo que habría costado un desarrollo progresivo y equilibrado de la región, en función de las necesidades.

No hay que confundir este tipo de colonialismo interior con la indispensable concentración agraria que, en las regiones rurales de población densa, es una de las primeras condiciones del desarrollo. La concentración agraria, por el reagrupamiento de las propiedades parcelarias, por el éxodo rural parcial, es indispensable para la producción de un excedente agrícola, excedente que será el único capaz de permitir la inversión tanto en la agricultura misma como en la industrialización. Pero no se trata precisamente de esto. El éxodo hasta el punto límite, definitivo, se debe por el contrario al hecho de que la concentración agraria —por reforma de la propiedad rural, por creación y dotación en capital de cooperativas— no tiene lugar. Y no tiene lugar porque la economía agrícola ya ha sido objeto de pillaje y colonización por el gran capital: por los propietarios feudales de la tierra y los grandes propietarios agrícolas cuyos intereses financieros y políticos están estrechamente imbricados con los del capital monopolista; por los *trusts* de la industria alimenticia, de los abonos, los alimentos para el ganado, el comercio, que integran la agricultura en vez de ser integrados por ella; que la reducen a un sector productor de materias primas; que la privan de sus posibilidades de desarrollo autónomo; que se apropian el excedente para reinvertirlo fuera de la agricultura y fuera de la región productora.

Poco importa aquí que la crisis de la agricultura dé lugar a inversiones a contracorriente y a la creación de explotaciones agrícolas capitalistas, extensivas y mecanizadas, en una parte de las superficies abandonadas.

Porque: 1] La agricultura capitalista acelera la crisis del mundo rural: se interesa principalmente por las producciones y las culturas que permiten las ganancias de productividad más rápidas y más fáciles, y realiza el drenaje de las inversiones hacia ellas, en detrimento del resto de las actividades agrícolas.

2] La agricultura capitalista no asegura todas las producciones necesarias ni desarrolla con prioridad las que

serían más importantes para el equilibrio económico general. Se parece más bien a la industria minera: trabaja para un mercado mundial; anárquico y especulativo, y no para satisfacer necesidades regionales y nacionales.

3] Se asemeja por este hecho a la gran colonización, de la que presenta igualmente ciertas características financieras y políticas: el capitalismo agrario está estrechamente imbricado con el capitalismo comercial y agroindustrial. Los capitalistas del agro dominan las redes y las cooperativas de venta de los productos agrícolas, los organismos de crédito agrícola, el sindicalismo y la política agrícolas. Confiscan una parte muy importante de la plusvalía de todo el sector, se atribuyen lo esencial de las subvenciones del Estado, imponen a la colectividad la venta con pérdida o la destrucción de los excedentes productivos con utilidades y contribuyen así al saqueo de la sociedad.

Encontramos, pues, en la relación entre el gran capital industrial, comercial y agrario, por una parte, y el resto de la economía nacional, por otra, aspectos típicos de la relación colonial. Estos aspectos no se limitan al plano económico. En el plano político, igualmente, se trata, por lo que respecta al gran capital, de impedir que los campesinos, al agruparse, al extender sus actividades cooperativas hacia el aval y el monto de la agricultura, reconquierden una autonomía, tomen en sus manos la producción o la compra de los productos necesarios para la agricultura, la transformación y la distribución de los productos agrícolas, y se liberen así de la subordinación al gran capital.

En general, el desarrollo monopolista tiende a acentuar así las disparidades regionales tanto como las sectoriales. El desarrollo desigual de los sectores de actividad no sería un mal si los sectores que crecen más rápidamente fueran *motores para los otros* y para el conjunto de la economía. Pero ése no es el caso. En el marco de la acumulación monopolista, las industrias de crecimiento, aquellas cuyo desarrollo es, de hecho, prioritario, son las que permiten las ganancias de productividad más rápida; no son, pues, las industrias de equipo, sino las industrias de gran consumo, particularmente las que producen "bienes durables", es decir, equipos individuales.

Estas industrias son "motrices" aun en los países capitalistas semidesarrollados como España, Japón, ciertos países de América Latina. Ahora bien, producen bienes *no esenciales*: bienes que no son esenciales ni desde el punto de vista de las necesidades elementales insatisfechas, ni como medio de producción. Se trata, en efecto, de todos los bienes llamados "opulentos": automóviles particulares, refrigeradores y lavadoras domésticas, televisores y radios de transistores. Las industrias productoras de estos bienes exigen un alto grado de concentración técnica y financiera. Avenan el ahorro, no sólo de las capas parasitarias de la sociedad, sino igualmente de las capas populares, en detrimento de todas las demás posibilidades de inversión y de desarrollo.

De ahí la imagen familiar, en América y en Europa, de los tugurios con televisión, de las "villas miseria" con automóviles particulares, del alojamiento sin agua ni retretes, pero con refrigerador, del analfabetismo con radio de transistores. Y no es sólo en los países semidesarrollados, sino también en los países altamente desarrollados donde la expansión monopolista, en vez de suprimir la escasez, la desplaza y la reproduce en otros niveles: la prioridad de los bienes de consumo "opulento" significa, objetivamente, menos escuelas, hospitales, equipos agrícolas, industriales y culturales; significa la insuficiencia de los recursos públicos para luchar contra la contaminación del aire y del agua, para crear equipos colectivos necesariamente no rentables; significa la necesidad de construir autovías, estacionamientos, vías urbanas de circulación rápida, antes de crear transportes públicos y ferroviarios modernos, antes de arreglar las ciudades para hacerlas habitables.

No se trata, pues, de criticar los bienes de consumo "opulento" desde un punto de vista moral o moralista. No se trata tampoco de denunciar el carácter "artificial", "inducido", de las necesidades que suscitan con el fin de satisfacerlas. Sí, es verdad que los monopolios "manipulan" al consumidor individual y colectivamente, con el fin de hacerlo consumir superfluos; es verdad que esta manipulación desvía de las necesidades profundas hacia deseos superficiales, mistifica el deseo de tiempo libre y de

soberanía inventando y poniendo fuera de moda, al infinito, los bienes llamados de lujo y de prestigio, que van desde el cepillo de dientes eléctrico hasta el cuchillo eléctrico para cortar carnes, desde la máquina individual de limpiar zapatos hasta las llaves de agua de oro. No habría nada de condenable en estas frivolidades lujosas si al mismo tiempo las necesidades fundamentales ya estuvieran satisfechas en todas partes, y si los individuos fueran libres de trabajar más para adquirir estos "entretenimientos" o de pasarse sin ellos, trabajando menos. Pero éste no es el caso. Y como éste no es el caso, los bienes "opulentos" corresponden a una necesidad histórico-social real, aunque manipulada: la necesidad de "obtener cosas por el dinero que se gana", ya que, de cualquier manera hay que perder el tiempo en ganar dinero.

El condicionamiento al que son sometidos los individuos no es, en primer lugar, el de la publicidad directa; es, más bien, el de un sistema que ventila las inversiones privadas y públicas de tal manera que los individuos no tienen más modo de satisfacer sus necesidades que adquiriendo los equipos individuales propuestos por los oligopolios. El automóvil individual, por ejemplo, es una necesidad real porque la anarquía del urbanismo, el horror de los tugurios, la contaminación del aire, la insuficiencia de los transportes colectivos, el urbanismo extensivo, lo convierten en un medio necesario de evasión, de recuperación y de transporte. Pero, al mismo tiempo, la motorización privada impide que se ponga remedio a una situación a la que sólo aporta un paliativo.

Lo que es criticable no es, pues, el consumo "opulento" *en sí mismo*, es la prioridad que se le da, es la autoesterilización de una parte importante del excedente económico *aun antes de que hayan podido satisfacerse* necesidades más fundamentales y crearse las condiciones de un desarrollo libre de las facultades humanas.

A fortiori, es absurdo, por no decir criminal, difundir o dejar que se difundan los bienes "opulentos" en países que se encuentran en la etapa de despegue de su industrialización. La aparición brusca, en manos de una minoría privilegiada, nativa o extranjera, de artilugios en la civilización industrial avanzada tiene necesariamente un

efecto corruptor sobre el campesino andaluz, de Calabria o mexicano. Este efecto corruptor se ejerce sobre una masa popular que descubre los resultados y los subproductos de la civilización técnico-científica sin concebir siquiera el género de praxis técnico-científica que constituye el origen de esos inventos. Estos subproductos extranjeros, ante los ojos de la masa que los recibe brutalmente, tienen un carácter propiamente mágico. El desequilibrio entre las civilizaciones bruscamente confrontadas es tan grande que no puede imaginarse ninguna vía de acceso de una a otra. La única manera de llegar a los subproductos de la civilización técnico-científica es, para el jornalero andaluz, por ejemplo, el dinero; pero ningún *trabajo* podría procurarle el dinero necesario. De golpe esas necesidades se encuentran pervertidas y mistificadas en necesidades de dinero.

El efecto es semejante, por lo demás, en las propias metrópolis, sobre los adolescentes apenas instruidos de los barrios pobres: su reacción es la violencia y el gusto por la violencia; y la violencia no es sólo una negación inmediata, sin esperanza, del orden social y de los privilegios, sino también un modo de apropiación mágica, mediante el consumo-destrucción, de la civilización ambiente. El inmediatismo violento es la respuesta espontánea a una civilización que se da como susceptible de ser consumida, y no como *creación*. La violencia es la verdad de una civilización que ha separado al consumidor del productor, al productor del producto; que ha desarraigado al individuo de todo medio de vida humana y natural; que ha cuantificado, es decir, reducido a relaciones de exterioridad, la relación (en el trabajo) del hombre con sus instrumentos y con la naturaleza, la relación (en el hábitat) del hombre con su medio, y la relación del hombre con el hombre.

En los países subdesarrollados es capital, pues, como lo han subrayado, cada uno a su manera, René Dumont, Frantz Fanon y Mao Tse-tung, fundar una estrategia del desarrollo no sobre los polos de crecimiento ni sobre la inyección de industrias de crecimiento en un medio rural, sino sobre toda una serie de transiciones tendientes a la explotación cualitativa y cuantitativa de los recursos hu-

manos. Una de las grandes lecciones de la revolución china, lección que es aceptada en la actualidad por economistas polacos, yugoslavos, soviéticos, es que una agricultura sana y sólida, capaz de asegurar por sí misma su reproducción ampliada, es una condición esencial del desarrollo a largo plazo.

La industrialización no debe convertirse jamás en una fuente de saqueo del resto de la economía. Debe, por una parte, progresar de abajo hacia arriba, es decir, efectuarse en función de las necesidades de la mayoría de la población, que es rural, bajo el control de las comunidades de trabajo agrícolas y por su iniciativa, mediante la creación de industrias locales complementarias de la agricultura; y no debe, por otra parte, hacerse de arriba hacia abajo sino en la medida en que la creación de complejos industriales modernos en la proximidad de las grandes ciudades contribuya a aumentar el nivel de productividad de la agricultura y de las industrias locales complementarias de la agricultura. En otras palabras, la gran industria no será motriz para el conjunto de la economía ni engendrará un desarrollo equilibrado, más que en el caso en que principie por aportar a los demás sectores, empezando por el sector agrícola, bienes de producción que aumenten la productividad y la capacidad de acumulación de cada sector.

Entre el arado de madera, de tracción humana o animal, y el arado de disco, de tracción mecánica, por ejemplo, hay que respetar toda una serie de etapas intermedias, no sólo para mantener la ocupación plena, sino también porque una cultura nacional se forja mediante la elevación de la cultura en el trabajo y la apropiación de la naturaleza, y no por la destrucción brutal de las relaciones tradicionales en el trabajo y en la naturaleza.

No pretendo, con estas observaciones, que el desarrollo deba ser autárquico. Debe ser autónomo, lo que es una cosa muy distinta. Y esta autonomía no excluye que se recurra a técnicas extranjeras, ni a préstamos, a donaciones, o, en ciertas condiciones, a inversiones extranjeras. La autonomía del desarrollo significa que el impulso del crecimiento viene del interior de la sociedad, se funda en la explotación de sus recursos materiales y de sus energías humanas propias. No significa que la sociedad en vías de

desarrollo deba recorrer por sus propios medios todas las etapas históricas y técnicas que condujeron en el pasado de una economía esencialmente agrícola a una economía industrial, mecanizada y automatizada. Así, el foso que separa al mundo desarrollado del mundo subdesarrollado seguiría abriéndose en vez de llenarse.

No obstante, si la ayuda y aun la inversión extranjera deben ser buscadas, son incapaces de resolver por sí mismas el problema del desarrollo, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Pueden contribuir a un desarrollo equilibrado sólo con las siguientes condiciones:

1] Que la ayuda o la inversión extranjeras se inscriban en el marco de una planificación del conjunto de la economía y sean obligadas a respetar estrictamente sus objetivos;

2] Que el personal técnico extranjero, encargado de la aplicación de programas de ayuda, sea colocado bajo el control administrativo y técnico del país beneficiario, lo que supone evidentemente la existencia dentro de éste de personal técnico competente, formado en *diversas* escuelas e industrias extranjeras, y capaz por tanto de juzgar las ventajas comparadas de las técnicas existentes de diversos países y de combinarlas mejor. Un programa de ayuda multinacional es siempre preferible a la ayuda de un solo país grande;

3] Que los equipos sean normalizados de tal manera que no sean tributarios de las técnicas y materias primas del país que los aporta;

4] Que en el caso de una ayuda privada la instalación aportada lo sea según el sistema de la locación-venta, es decir, que después de la amortización y remuneración normal del capital invertido la instalación se convierta en propiedad del país beneficiario;

5] Que las técnicas de origen extranjero (licencias y patentes) se conviertan por igual en propiedad del país beneficiario después de la amortización, puedan ser desarrolladas y modificadas durante la duración de la amortización, y puedan ser explotadas sin restricción alguna.

Estas condiciones fueron obtenidas por Yugoslavia, por ejemplo. Son realistas de acuerdo con las normas financie-

ras y comerciales del propio capitalismo. La cuestión no es, pues, saber si el imperialismo se deja imponer estas condiciones. La cuestión es sólo saber si el país en vías de desarrollo tiene la *voluntad política* de imponerlas, con el fin de proteger sus oportunidades de desarrollo autónomo y equilibrado.

Es inútil demostrar aquí, una vez más, que la inversión extranjera y particularmente la norteamericana, no ha tenido jamás como fin iniciar el proceso de industrialización y de desarrollo, y que tampoco tiene ese efecto. Me limitaré a recordar ciertos aspectos del nuevo imperialismo económico apoyándome en el notable estudio del economista paquistaní Hamza Alavi.³

Alavi recuerda, en primer lugar, que la balanza de los movimientos de capitales norteamericanos fue excedentaria en el período de 1950-60: durante este período, que es sin embargo el del plan Marshall y de los grandes programas norteamericanos de ayuda militar, los Estados Unidos exportaron 23 mil millones de dólares de fondos públicos (en su mayor parte con fines militares) y 20 mil millones de dólares de capitales privados. Al mismo tiempo, las ventas norteamericanas en el extranjero permitieron la repatriación de 19 mil millones de dólares y las inversiones, la repatriación de 23 mil millones de dólares. Ya desde un punto de vista estrictamente monetario, ventas e inversiones norteamericanas se traducen, pues, en un largo período, en una pérdida de las reservas monetarias de los países "beneficiarios", pérdida a la que hay que añadir la fuga de los capitales privados nacionales, facilitada por la libertad de cambios que los Estados Unidos alientan entre los "beneficiarios" de su ayuda.

Alavi distingue después el antiguo imperialismo, fundado en el saqueo de los yacimientos de materias minerales y que jamás ha producido en ninguna parte, sino al contrario, un inicio de desarrollo, y el nuevo imperialismo, que otorga privilegios a la inversión en los sectores industriales *ya existentes*. La inversión privada extranjera no

³ "Imperialism old and new", *Socialist Register*, 1964, y *Temps Modernes*, agosto-septiembre de 1964. Véase también Paul Baran, *Économie politique de la croissance*, Maspero, París, 1967.

crea jamás una industria inexistente sino que se embarca en un proceso de industrialización ya en curso para controlarlo, limitarlo, orientarlo y conquistar el mercado en vías de creación. El capitalismo de monopolio, escribe Alavi, "trata de contrarrestar todo esfuerzo real de los países subdesarrollados en vías de industrialización porque semejante esfuerzo le haría más difícil la explotación de esos mercados. En la medida, sin embargo, en que no puede oponerse a cierto progreso, trata de limitarlo y de asegurar una participación en lo que no puede evitar. Pero por su naturaleza, esta participación obstaculiza todo progreso ulterior, ya que acaba por otorgar un lugar primordial a las instalaciones de montaje y embalaje de artículos extranjeros, que son presentados bajo la etiqueta falaz de empresas manufactureras indígenas. Todo esto contribuye a desviar las medidas tomadas para proteger la industria nacional..."

Apoyándose en las prácticas neocolonialistas aplicadas en la India, Alavi muestra después la naturaleza del saqueo y las trabas puestas al desarrollo. La repatriación de las excesivas ganancias monopolistas, motor esencial del antiguo colonialismo, tiende a jugar sólo un papel secundario en el nuevo colonialismo económico. Es que la posibilidad de repatriar los beneficios es con frecuencia limitada en las semicolonias o los países formalmente independientes, por el déficit permanente de la balanza de pagos, por la devaluación rápida y la difícil convertibilidad de la moneda nacional. Si la colonización económica debiera pensar antes que nada en la repatriación de las utilidades, los monopolios se verían obligados a exigir una estabilización financiera y, por tanto, una política deflacionista. Pero ésta restringiría necesariamente el mercado interior del país dominado, frenaría o bloquearía su crecimiento. La expansión en una estabilidad completamente relativa no puede ser obtenida más que por Estados modernos y estructurados. Si estos Estados no existen todavía, el imperialismo no tiene ningún interés en que surjan; porque su nacimiento 1] supondría una transformación de las relaciones sociales y 2] obligaría al imperialismo a negociar en vez de dominar.

Por esto los monopolios norteamericanos, en particular,

tienden a obtener sus beneficios solapadamente, de preferencia antes de lanzar al mercado los productos que fabrican en un país extranjero. En vez de correr el riesgo de inversiones directas, les interesa tomar una participación financiera en empresas "nacionales" y venderles, bajo contrato de exclusividad, ya sea materias primas u otros materiales, o, casi siempre, el derecho a utilizar sus patentes. Las rentas por utilización de patentes, las utilidades excesivas sobre los materiales o materias primas ofrecidas a la empresa "nacional" representan una suma *superior al total de las utilidades obtenidas por ésta*. En la medida en que esta suma es contabilizada como "importación de productos y servicios" por la empresa "nacional", su cobro en divisas no tropieza con los mismos obstáculos psicológicos y políticos que la repatriación de las utilidades.

Lejos de atenuarse, el saqueo del país dominado no hace sino disfrazarse gracias a estos métodos. Las utilidades repatriadas, indirectas o directas, de los monopolios extranjeros son sustraídas a toda inversión o reinversión posible en la economía dominada. Además, el progreso técnico de ésta cae en la esfera de soberanía del *trust* extranjero, que dicta a su antojo el ritmo del desarrollo y del progreso técnico a todo un conjunto de países dominados. La formación de trabajadores calificados, que se atribuye con frecuencia como algo positivo de las inversiones extranjeras, no se realiza o sólo se realiza en una medida limitada. Porque el personal técnico y administrativo es aportado casi siempre por el *trust* extranjero; además, éste hace ejecutar las fabricaciones locales según especificaciones rígidamente preestablecidas, prohíbe cualquier modificación y, en el caso de que la filial sea autorizada para efectuar investigaciones técnicas, se apropia el resultado de esas investigaciones y se reserva su explotación eventual.

Incluso las relaciones internacionales de un conjunto de países son regidas por la estrategia de monopolios extranjeros. Éstos deciden de acuerdo con sus conveniencias particulares una división internacional del trabajo entre los países de Europa occidental, por ejemplo, o de América Latina. Tales monopolios norteamericanos escogen tales países —Alemania occidental o México, por ejemplo— como base de conquista comercial de toda una región del mundo.

En el seno de ésta, el imperialismo norteamericano crea así *países imperialistas por poder*, es decir, países que dominan *por cuenta de un tercer país por el cual ellos mismos son dominados*. El imperialismo norteamericano impone así especializaciones nacionales o provinciales desde una etapa poco avanzada de la industrialización, orienta el desarrollo y determina el grado de desarrollo de cada país de la región, reglamenta los intercambios internacionales de todo un subcontinente y levanta así obstáculos suplementarios a la emancipación de cada país y del conjunto de países.

Las posibilidades de autodeterminación de los países dominados no están hipotecadas, evidentemente, sólo en el terreno económico. La intervención política del país dominante es de hecho permanente. No es sino en última instancia cuando esta intervención toma formas directas, tendientes a deshacer regímenes o gobiernos, a fomentar *putsch*, a financiar ejércitos de mercenarios, a enviar cuerpos expedicionarios con pretextos falaces. La intervención indirecta, aunque menos obvia, es con frecuencia aun más eficaz: no consiste sólo en corromper a los dirigentes nacionales, en financiar partidos políticos, sindicatos, regímenes, en amenazar con represalias a los países que atentarán contra los intereses privados de la metrópoli. Basta saber que ésta *podría* beneficiarse con la victoria de tal partido o de tal coalición para que el temor de una eventual represalia actúe en favor del partido "pronorteamericano" —como sucedió recientemente en Chile— sin que ninguna amenaza de represalia haya sido proferida.

El nacionalismo, que es la reacción espontánea a esta situación de dependencia, no es evidentemente una respuesta suficiente, ni mucho menos una respuesta adaptada. La conquista de la democracia y de la autonomía interna pasa, en cada país, por la conquista de su soberanía real, pero ésta ya no puede ser conquistada sobre una base nacional frente a monopolios cuya estrategia es internacional. Además, la voluntad de soberanía nacional puede tener un contenido político y económico tan reaccionario como el servilismo respecto del país dominante. En particular, el antinorteamericanismo puede reflejar también —en el caso de la Francia gaullista, de la España franquista,

de Paquistán, etc.—, los conflictos de dos imperialismos, desigualmente poderosos pero igualmente nefastos, y entre los cuales no se puede escoger; sólo puede tratarse de aprovechar su rivalidad para desprenderse del dominio de uno y del otro.

Estas observaciones me devuelven al punto de partida. Si el nacionalismo puede ser una reacción positiva, progresista, legítima, desde el punto de vista cultural, constituye una base ideológica completamente insuficiente para combatir el imperialismo en el plano económico y político. Al contrario, puede permitirle a éste manejar unas contra otras a las naciones que domina por igual, aprovechar la tradicional rivalidad de los débiles y los oprimidos, crear opresores que dominen a sus vecinos por cuenta de la potencia imperialista y que se desquiten con otros más débiles que ellos de su propia humillación.

El terreno real sobre el cual podrán ser reconquistadas la autonomía política, la autodeterminación del proceso de desarrollo, es el terreno político-económico. Pero en este terreno la lucha no podrá realizarse eficazmente más que mediante una coordinación de los esfuerzos de diversas naciones de un mismo continente y aun de continentes distintos. Esta coordinación misma no desembocará en la liberación salvo que sus objetivos y sus temas de luchas hablen también al corazón y a la inteligencia de las fuerzas que, dentro del mundo capitalista desarrollado, luchan contra el modelo de desarrollo monopolista, contra el mito de "la opulencia" y de la "sociedad de consumo", contra el colonialismo interior. El imperialismo no puede ser derrotado en su periferia si no es atacado también en sus posiciones metropolitanas.

Por eso creo que la situación y los problemas del movimiento obrero y socialista en los países capitalistas avanzados conciernen e interesan a los pueblos del mundo entero. Por eso los retrasos históricos que ese movimiento ha acumulado no son graves sólo para él mismo. Porque los retrocesos y los reveses sufridos por el movimiento obrero occidental en el curso de los últimos decenios; su nivel con frecuencia escaso de conciencia internacionalista; el hecho que el capitalismo no haya sido vencido hasta ahora en ningún país desarrollado y que su derrota no

esté en perspectiva en ninguno de ellos, todo esto explica en gran medida la división del movimiento revolucionario mundial, la impaciencia y el escepticismo de ciertas fuerzas antiimperialistas en lo que respecta a los partidos obreros de Europa. Todo esto hace imposible igualmente una estrategia antiimperialista centralizada en escala mundial.

En la actualidad sólo pueden haber *estrategias* diversas que dispongan de un alto grado de autonomía, como tienden a confirmarlo la reciente conferencia tricontinental de La Habana, y la creación de un organismo de la Federación Sindical Mundial (F.S.M.) para Europa occidental. La necesidad de estrategias regionales autónomas no significa, sin embargo, que haya que aceptar la división de las fuerzas antiimperialistas. Por el contrario, la diversidad de las estrategias sólo hace más necesaria su *coordinación*. Es probable que la guerra de Vietnam no hubiera tomado nunca esta amplitud y este giro sin el conflicto chino-soviético. A cada región del mundo conciernen los problemas, las dificultades y las luchas de todas las demás.

